

# Papeles Póstumos

de Mambruno

(Continuación)

Servía a la mesa, una mujer trigueña, limpia y aseada, se llamaba Soledad. Tenía unos ojos muy negros y muy tristes. Era casada, pero su marido penaba una muerte en Ocaña. Por una casualidad, supo Mambruno cómo y dónde vivía Soledad, se le perdió a Mambruno una cartera con algún dinero, Soledad se la encontró y tuvo que ir a buscarla por la mañana, pues Soledad no aparecía por «La Suíza» hasta la hora de servir el almuerzo.

Vivía Soledad en una callejuela, dentro de una casa vieja y desconchada, pues la belleza sevillana, la más de las veces, es meramente externa, una especie de úlcera dorada. Venía primero un patio, con dos plantas habitadas. En cada cuarto se hacinaba una familia de seis, siete, o más personas. Varias mocitas aljofifaban cantando el suelo de ladrillos; los niños, salpicadas de sol las caras churretosas brincaban por el patio.

En el momento mismo de entrar Mambruno se asomó una mujer de unos treinta años, muy blanca, algo rubia, pecosa, bonita pero ajada, con enaguas verdes y delantal blanco, y en el pelo rubio, un clavel rojo; detrás de ella, correteaban varios niños, como polluelos al abrigo del ala cálida de la madre. Era la hermana de Soledad, y Mambruno después de saludarla, le preguntó por su hermana. Al poco, apareció la propia Soledad, y sonriendo le entregó a Mambruno su cartera.

## 15 DE AGOSTO

Mambruno considera hoy, tumbado en su famoso butacón amarillo, mientras mira los tejados musgosos de la calle del Tinte, la calle mam-

brunesca por excelencia, y el pasar da alguna que otra nubecilla de grácil oro, se acuerda de la inexperiencia de estos años estudiantiles. En marzo, con la primavera sevillana del 1934 cumplió diecinueve años, era ingenuo y puro, y tenía un gran afán por estudiar. Era el año del centenario del nacimiento de Fernando de Herrera, el Divino, aquel poeta que vivió, nació y murió en Sevilla, ¡maravilloso ejemplo!, cuando Sevilla era reina del grande océano dichosa. En la Universidad, don Jorge, el maestro de Mambruno, dió varias conferencias sobre la poesía herreriana, verbalista, colorista, sevillanísima en el fondo; trabajada, perfecta, con una hondura platónica y un espíritu de verdad, emanado del amor del poeta por la rubia condesa de Yelves, que, como el poeta cantó en la elegía III tuvo sus instantes de abandono, y acabó correspondiéndole tierna pero platónicamente. Herrera era todo un carácter; serio, adusto, consciente de su propia valía, bien preparado, nunca dijo lisonjas a nadie y tampoco permitió que se le adulara, como tanto buda moderno; amaba a la poesía y se entregó por entero a ella, vivió por la poesía, para una ciudad y para una mujer. Fernando de Herrera, en apariencia orgulloso e intratable, en el fondo es humilde, prueba de ello es que siempre vivió pobremente, beneficiado de aquella parroquia de San Andrés, por la que Mambruno solía pasar tantas veces, estuvo Herrera exento de vanidad, cosa difícilísima en un poeta, y supo amar y esperar, nunca confundió la literatura con la poesía, y como buen sevillano era pudoroso de sus propios sentimientos, pero en sus versos se advierte una recóndita ternura, una luz espiritualizada, casi mística, que es esa misma luz que vemos brillar en las calles de Sevilla.

Leía Mambruno a Herrera, y le sobrecogía su belleza, su honda emoción, de raigambre espiritual. Herrera escribió para pocos, y hoy, lo mismo que ayer, apenas si se le lee, incluso en la misma Sevilla, pero Herrera ha tenido a través de los siglos sus fervorosos.

Paseaba Mambruno en abril del 34, primavera sevillana, por la orilla del Guadalquivir. Dicen que éste fue el lugar dilecto de Bécquer, y más tarde de José María Izquierdo, creemos que a todo hombre amante de la soledad, le tiene que parecer un lugar adecuado para pasear. Sólo en París, paseando por la orilla del Sena ha sentido Mambruno una sensación igual. Nubes incendiaban la tarde, soplabá una brisa delgada, y chispeadora bola rojiza, se hundía el sol detrás de unos montes. Corría el Guadalquivir ancho, verde y caudaloso, en la corriente se iba desvaneciendo el arbol de las nubes y empezaban a brillar las luces eléctricas, verdes, rojas, azules, amarillas, blancas, de los puentes. El puerto brillaba ya, al volver de Mambruno, eléctrico de luces; temblaban al viento los gallardetes de los barcos, se veían humear las chimeneas negras de los

barcos, chirriaba una grúa o se oía el ruido estridente de la sirena de un vapor, que zarpaba. Mambruno, estudiante solitario, paseaba, seguía soñando en un primer amor que tuviera el brillo puro de una estrella, de esa estrella que ahora lucía al anochecer.

## 18 DE AGOSTO

Fue la época de la juventud de Mambruno revuelta y turbulenta, de acción política, de luchas en las calles, y hasta en la Universidad. El natural contemplativo de Mambruno, su vocación de poeta, él, en esta época ya no vivía más que para la poesía, le salvó; con todo, alguna vez se vió envuelto en el torbellino, se encontró en medio de la confusión.

Parece que era un martes de uno de los últimos días de abril. Cielo azul y calor, la ciudad era toda alegría; en los ojos negros de las mujeres vibraba la luz, y luz alegría eran los pregones de los vendedores; la luz solar sonaban con las companillas de los tranvías, resbalaba por la cal de las casas, saltaba por las azoteas, brincaba por las jaulas y macetas de los balcones y rebullía finalmente entre gentes que charlaban, gritaban o reían.

Se acuerda Mambruno que iba hacía la Universidad, cuando le llamó la atención un grupo de estudiantes, alrededor de un hombre bajito, tocado con un sombrero azul, que hablaba con mucha iracundia, casi amenazando con las manos a los estudiantes, éstos se fueron estrechando cada vez más en torno a él, formando un círculo compacto y amenazador; alguna grosería debió decirle un estudiante, pues el hombrecito se alzó sobre los talones y le abofeteó. Era un estudiante alto y delgado, con gafas negras, apenas abofeteado cuando metió la mano en la parte de atrás del pantalón, sacó una pistola y disparó contra el policía secreta, tal era el hombre del sombrero azul. El policía dió un traspie y cayó desarticulado, como un muñeco de trapo, sobre los adoquines de la calle. El estudiante huyó y otros varios que acudieron prestaron auxilio al herido, al que recogieron del suelo. La escena fue vertiginosa, como de película.

No habían transcurrido sino unos minutos, cuando sonó un silbato y aparecieron, porra en mano, los guardias de asalto, golpeando al azar. Mambruno, desde un portal, vió cómo un estudiante musculoso y arrogante, de anchas espaldas, desarmó a un guardia de asalto que intentaba golpearle, pero acudieron varios guardias de asalto, y blandiendo las porras rodearon al estudiante, y sin consideración alguna, de una manera brutal, lo derribaron a golpes; el guardia de asalto, origen de la lucha, caído el estudiante ya, le asestó en la cabeza un golpe duro y seco, y el estudiante atlético quedó en la acera, ensangrentado, exánime.

Huían los estudiantes, el propio Mambruno se refugió en la Universidad, aparecían en los balcones y lanzaban libros e improperios contra los guardias de asalto; otros, desde la azotea, les tiraban ladrillos. Los guardias de asalto dispararon al aire varias veces, después, caliente ya la sangre, a dar. Silbaban las balas por la calle desierta.

## 20 DE AGOSTO

Hace un día fresco, algo nublado, a lo mejor habrá tormenta, el calor ha remitido, si llueve será poco, si es que la tormenta no pasa de largo, a lo mejor unas cuantas gotas y la atmósfera se refresca más.

Mambruno, como siempre, descansa en un sillón amarillo; sabe que ha de morir pronto, que sus días están contados. El, tan amante de la vida, se siente olvidado. La muerte es ya casi la única realidad, la vida presente para él casi no cuenta. Vive anclado en el recuerdo, no hay futuro posible para Mambruno, y por ello, vuelto hacia el pasado, trata de ahondar más, y por ello mismo ha elegido el momento más vital, dentro del pretérito, la juventud. Cercado por la muerte, angustiado Mambruno busca la vida, la verdadera vida, en los años de su juventud. No importa que recuerde su ingenuidad de entonces, su sentimentalismo, su creencia en la bondad humana, su falta de sentido del humor, que luego le ha hecho tan llevadera la vida.

Mambruno, en su sillón, recuerda y anota con su bolígrafo, cuando se posee una memoria tan feliz como la suya para el análisis retrospectivo, para dar verosimilitud a tantas cosas vividas, entonces sucede que entra en acción la imaginación, la gran embaucadora, y entre los anotados hay hechos reales, pero otros simplemente verosímiles, quiere decir, vividos o contados por alguien, y luego Mambruno el situarlos en su ambiente les ha infundido un palpito de realidad, de vida.

Este segundo año de la carrera también lo estudió con interés, y obtuvo Mambruno brillantes notas, siempre la matrícula de honor en Literatura, y que había obtenido también en el bachillerato, incluso examinándose como libre en quinto año.

Durante el verano en Jerez, hizo versos, leyó sin orden ni concierto, de todo, y fue a la playa del Puerto a bañarse en el mar. Tal vez la única lectura mesurada y honda, fue la de los poetas clásicos españoles, así Garcilaso, San Juan, Fray Luis de León, Herrera, que ya había leído en Sevilla, y al que le iba bien el furor desierto del verano andaluz. Le gustaba a Mambruno, resabio romántico, hacerse el héroe, y le contaba a sus amigos de Jerez los episodios de la vida universitaria a su manera, e incluso fingía que había intervenido en la política estudiantil, ostentando

cargos, la verdad era que el pobre Mambruno nunca se había metido en nada, y no había hecho más que estudiar, leer y escribir mucho. Este afán de mentir, de dar lo imaginado por cierto, vicio muy andaluz, desapareció en Mambruno con los años, y luego se hizo realista, y tan amante de la verdad, que hubiese dado la vida por ella; esta transformación moral fue obra de Castilla, a la que Mambruno tanto debe; ganó en veracidad y en hondura.

## 21 DE AGOSTO

El día es menos caluroso, pero Mambruno, muy cansado, no ha salido de casa; toda la mañana ha estado leyendo las poesías completas de Quasimodo, el Nobel italiano, le ha impresionado la brevedad, fuerza y concisión de esta poesía, tan humana y tan profunda, tan cálida, tan de aliento natural, es una poesía de un realismo riguroso e insuperable.

Luego ha evocado de nuevo Mambruno sus días sevillanos. Recuerda la noche en que se tropezó con Pablo el noctámbulo. Hacía mucho calor, sofocante a veces, pero atenuado por ráfagas de viento. Aquella noche, Mambruno estaba desvelado, esto solía ocurrirle muchas veces en aquella época, no conseguía pegar un ojo en toda la noche. No podía conciliar el sueño, así es que se levantó, encendió la luz, miró el reloj, y eran las dos de la madrugada. Comenzó a vestirse, se refrescó la cara, se peinó, apagó la luz y se dispuso a salir; por fortuna la puerta de la pensión estaba cerca; tiró del pestillo y salió sin hacer ruido. En la escalera había luz y en el fondo del zaguán se oían aún ruidos y risas de mujer, no debía hacer mucho que había terminado la última sesión del «Kuassal».

Mambruno caminó indeciso, atravesó La Campana, cruzó la calle Tetuán entera, y a través de la Plaza Nueva se coló por una calleja oscura y de súbito se encontró en la calle Harinas. Le agradó pues le gustaba recordar las cosas pasadas. Su memoria, un tanto singular, revivía con intensidad hasta con sus pormenores, todo lo sucedido. La imaginación mambrunesca se adhería a la realidad y aliada a la memoria buceaba en el misterio, íntimo temblor que yace oculto en el fondo de las cosas.

Paseó Mambruno toda la calle Harinas hasta que llegó al bar «Los Caracoles», antes de entrar, observó en una callejuela adjunta a varias mujeres charlando animadamente. Mambruno captó algo de la conversación, no se le veían las caras, hablaban en la oscuridad; por lo visto estaban contando las ganancias.

Hasta cerca de las tres y media vagó Mambruno por la ciudad, y hasta que al cruzar por la calle Cuna se encontró con Pablo

—Ya me ve —le dijo Pablo—, sigo fiel al lema de aquellos años míos de París; pintar, de día; vivir, de noche.

Hago pintura surrealista —prosigió Pablo—, es el único «ismo» que ha quedado en pie, el único auténtico. Lo mío, no es más que un deseo de liberar al espíritu, y busco una realidad absoluta, mezcla de sueño y realidad, Para liberar, claro hace falta ser libre, y de aquí mi vida arisca, mi libérrimo obrar. ¡Mi ley es mi propia voluntad!

A Pablo cuando se lanzaba a hablar, no había manera de contenerlo, y si se le convidaba era peor, el alcohol le servía de gasolina, de acicate. Continuó:

—El hombre debe buscar caminos nuevos a cambiar la vida... En fin, vámonos, discutiremos todo esto por las calles, a la luz de luna.

Deambularon por numerosas calles, unas veces charlando, otras, en silencio, y así llegaron hasta la plaza del Museo.

Había un cielo estrellado y una luna blanca, ondulaba el aroma de las flores y era sosegado silencio toda la plaza. Pablo se detuvo, y haciendo de su voz un susurro, dijo a Mambruno:

—¿Oyes el silencio de esta plaza? Hay como un son aquí, que no es rumor de agua, crujir de hojas, soplar del viento o no sé qué otro ruido indefinible, es el son, es el alma de la ciudad vibrando en el silencio, alma triste como emparedada en el silencio, porque aunque en Sevilla todo es sonoridad aparente, pregón, baile, risa, bullicio, el ritmo hay que buscarlo en el silencio, en el fondo sonoro de este silencio, en el son, que es sombra, temblor, misterio.

## 22 DE AGOSTO

Sigue la racha de los días frescos, el verano dura poco en Castilla, el viento refresca. En Mambruno se ha hecho costumbre recordar, pues el recuerdo es una suerte de ensoñación. Le gusta vivir la vida sin espacio ni tiempo, con un futuro ya conocido. No hay peor enemigo del hombre que su propio destino; para el pasado ya no rige la ley de la fatalidad, Mambruno lee ahora a Cervantes, se acuerda de una frase de Miguel sobre Sevilla, decía que «era lugar acomodado a hallar aventuras que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. ¡Cómo quiere Mambruno a Miguel! ¡Qué de veras hubiese sido su amigo, su acompañante, su escudero! Miguel, que se llamaba a sí mismo Adán de los poetas, pero que también se sabía genio, raro inventor. Vemos a Miguel, algo cargado de espaldas, no muy ligero de pies, el rostro aguileño, y los bigotes de grandes guías canosas sobre la boca pequeña y sumida, la frente, alta y desembarazada, alegres los ojos y la nariz algo corva, camina Miguel

de Cervantes por las calles de Sevilla, y tiene más o menos la misma edad que Mambruno tiene ahora, entre cuarenta y seis a cuarenta y siete años. La pelambarrera y la barba de Miguel son casi de plata, y no ha mucho que fueran de oro. Hace ya tres siglos, como Mambruno en su juventud, Miguel de Cervantes aprendió la lección de Sevilla. Precisamente su trato con los hombres, su estupendo sentido de la vida, la realidad bulliciosa y cotidiana obró el milagro del «Quijote». La vida engendra vida, y solamente Sevilla pudo infundir a Miguel humor tan delicado, naturalidad tan fina, porque en Sevilla perviven la gracia ática y el ángel andaluz. Con su amigo Miguel del brazo, Mambruno divagaba por ese camino interminable que forman el laberinto de calles, callejas y callejuelas de Sevilla. Miguel sabía encogerse de hombros ante las cosas de la vida, ese gesto que sólo un andaluz sabe hacer, pues Miguel de Cervantes, tan idealista, tan serio, tan soñador, sabe también reír — como Mambruno — con ironía o con humor, sabe reír con esa libertad que desata la risa de Miguel, que llegada la ocasión no se perdona a sí mismo, poetón, socarrón ya viejo.

## 24 DE AGOSTO

Refresca por día, se va el verano, palidece el oro y se hace blanquecino el azul del cielo. Mambruno sigue soñando, recordando el pasado, se le ha metido en la cabeza viajar, antes de hacer el viaje definitivo, ya que su estado de ánimo se lo permite, quisiera, en un breve viaje, hecho en automóvil para cansarse menos, conocer a varias ciudades españolas. Sentado en un sillón ha comenzado Mambruno la evocación de los días sevillanos de su juventud, como en una película, así los va viviendo y soñando.

Comenzado el año 1935, en enero, Mambruno se trasladó a una pensión de la calle Trajano. El cambio supuso mejora en cuanto al aseo y en lo relativo a la alimentación. La comida era abundante y sabrosa, con unos garbanzos gordos y tiernos y un chorizo extremeño que hacían del cocido un plato especialmente suculento, amén de pan blanquísimo y varias tajadas de melón dulce y frío.

Los dueños de la pensión, doña Sagrario y don Teodoro eran bonfísimas personas. Don Teodoro era como gaceta viviente, no había suceso que le escapara, la bomba puesta al diputado en el portal de la casa y que estalló dos minutos después de haber salido él, o bien el automóvil de un político acribillado a balazos, el parabrisas con varios agujeros; el político salvó la vida milagrosamente. Don Teodoro solía decir con voz solemne, engolada y ceceosa: «Se va armar la gorda».

Los huéspedes eran más de quince, empleados y estudiantes, pero el más curioso de todos, era un estudiante que se llamaba Angelito, estudiaba Exactas, y según decían y lo revelaban las notas obtenidas, resultaba portento para las matemáticas. Físicamente pequeño, desmedrado, mal afeitada la barba, cerrada, negruzca; tenía la boca sumida, como de vieja, y los ojillos grises le relampagueaban con un brillo entre inteligente y simiesco, había en él un no sé qué de irónico, como de mono intelectualizado. Angelito no se cuidaba de su atuendo, no le preocupaba su aseo personal; pasaba semanas enteras sin mudarse, llevaba una camisa negra de suciedad y el traje todo lleno de mugre. A Mambruno le maravillaba la capacidad de Angelito para lo abstracto. Era Angelito bondadoso hasta la ingenuidad e inocente como un niño. Sus distracciones consistían, los domingos, en pasear en el tranvía durante varias horas, y durante los días de labor se pasaba varias horas rezando en la Catedral.

El despiste de Angelito rayaba en lo inverosímil. Parece cuento pero sucedió. Un buen día todos los pupilos en torno de la mesa esperaban la llegada de la sopa para empezar a comer. Angelito aguardaba también parsimonioso en su silla, cuando no sabemos qué bicho le picó, y súbitamente se quitó un zapato, luego el calcetín pringoso, y con unas tijeras de bolsillo comenzó a recortarse las uñas de los pies, bien negras por cierto. Don Teodoro que andaba por allí perorando como siempre, vió la acción de Angelito y le reconvino con palabras gruesas como si fuera un niño. Angelito, tan campante, se calzó el zapato, se puso el calcetín, se guardó las tijeras, y esperó, entre la zumba de los demás huéspedes el comienzo de la comida.

## 26 DE AGOSTO

Hoy Mambruno ha seguido recordando los años de su juventud en Sevilla. Corría junio de 1935, el desorden reinaba en las calles, sonaban tiros y estallaban bombas, la situación, contenida aún, presagiaba una tormenta sangrienta. Mambruno estudiaba el tercer año de carrera, a base de historias, y asistía asiduamente a la clase de Literatura, de su maestro don Jorge, luego, en su casa escribía, con lo que su aprendizaje literario era completo; crítico y creador, al mismo tiempo.

Mambruno solía levantarse al amanecer, un airecillo sutil se colaba por la ventana entreabierta. Piaban los pájaros; armaban un gorjeo bullicioso y alegre. Se echó a la calle, y al salir toda la calle Trajano resplandecía trémula y encendida ya por la claridad del día naciente.

Pronto se vió Mambruno en la Plaza del Duque, había pocos transeúntes, y en las calles limpias y regadas, un leve indicio de humedad y

huellas de pisadas. Desayunó en un café de la Campana, atestado de chóferes de camión; sus manos fuertes y duras, hechas al rigor del volante, empuñaban grandes vasos de café con leche; sorbían de pie, con prisa, sin hablar. En la calle adjunta aguardaban una larga fila de camiones. Después se fue a clase, a la Universidad. Al salir, a la una, hacía un calor de horno; los transeúntes, anegados en sudor, se asfixiaban; las baldosas de las calles ardían, quemaban si descuidadamente la carne se posaba en ellas; se cruzaban las plazas como a través de hogueras llameantes. Todo hermoso, no obstante, la alegría azul azul del cielo, las mujeres con trajes vaporosos, de colores vivos, desnudos los brazos; el sol sorbía el perfil de las cosas, todo, luz, luz que reía, soñaba, embrujaba.

Al cruzar Mambruno por frente a la portada plateresca del Ayuntamiento, al doblar la esquina, entró en la plaza, y se metió bajo un hueco en sombra; la Plaza Nueva estaba llena de gentes, toda gente bien vestida de porte señorial; gordos cogotes, panzas hinchidas, rostros rubicundos y cuerpos grasientos chorreantes de sudor.

Apareció un señor viejo, canoso, lentes de oro, dentadura postiza, corbata verde, sombrero flexible igualmente verde, traje blanco de verano, planchado impecablemente, buscó alivio también en el hueco en sombra Mambruno le hizo sitio. Permanecieron varios minutos en silencio, hasta que Mambruno preguntó:

—¿Por qué hay aquí tanta gente? ¿Puede usted decírmelo? Iba a pasar y no me han dejado...

—Es un entierro, ¿no lo ve usted?—, respondió el viejo señor.

—¡Ah, es el entierro del político de derechas que mataron ayer, creo que al mediodía!

—Debía usted decir que asesinaron—, precisó el viejo señor.

—Perdone, pero se entiende igualmente dicho de una manera que de otra.

—Tal vez para usted, sí —objetó el viejo señor—; para mí, desde luego, no; soy militar retirado, y matar es para mí algo limpio, propio de hombres, de cabelleros; asesinar es cosa de villanos, de ruines, de malnacidos...

En este instante el entierro se ponía en marcha, y el viejo señor se perdió entre el gentío que le acompañaba.

Mambruno atravesó la calle Tetuán, luego La Campana, y cerca ya de la calle Cuna, como vomitada por una cloaca infernal, irrumpió una multitud, formada por mujeres desgreñadas, sudorosas y vociferantes, izaban un cartel en alto, con las iniciales de «U. H. P.». El tropel femenino, congestionado de odio, rugía rencorosamente, y trataba de abrirse paso hacia La Campana.

Las caras flacas, pálidas, cogidas de la mano, a voz en grito, dieron varios pasos, pero surgieron de pronto los guardias de asalto, que, porra en mano, contuvieron a las manifestantes, que retrocedieron insultándolos, entonces los guardias de asalto amagaron e incluso golpearon a algunas; al fin, las mujeres derrotadas se dispersaron, cada una como pudo.

Don Teodoro, que ya conocía todos estos sucesos, y otros, de mayor importancia, dijo a Mambruno:

—Ha visto usted, qué fea se pone la cosa.

## 29 DE AGOSTO

Se acuerda ahora Mambruno que aprobó el curso tercero con buenas notas; las vacaciones, como siempre, en Jerez. Fue la época en que descubrió a Dostoyensky; y se pasaba horas y horas leyéndole. A veces, el propio Mambruno se convertía en una especie de extraño Raskolnikof, incapaz, claro, de matar una mosca, pero con idénticas manías y una afición morbosa a la soledad. Por esta época a Mambruno le gustaban todas las mujeres, se enamoraba de todas, recuerda a una de ojos verdes, a otra, bella, delgada, pálida, vestida de morado, que estudiaba Comercio. Tenía una gran miopía, y como no llevaba gafas, cerraba continuamente los ojuelos grises y parpadeantes. Mambruno no es que se hubiese enamorado de ella, simplemente la idealizaba, por entonces padecía un complejo de timidez y vago romanticismo, como consecuencia de muchas lecturas románticas. Era bella, la niña, con dos trenzas castañas y una palidez adolescente, pero sosa, hueca y egoísta, criada posiblemente en un hogar de personas frías y calculadoras, tan al uso en la clase media no intelectual, cuyo único afán es trepar más alto cómo sea. Mambruno paseó con ella por la Alameda Vieja, una y otra vez, apenas si le pudo sacar palabra del cuerpo, la pobre niña estaba totalmente vacía no tenía experiencia y sólo un sentido materialista de la vida, que le habían inculcado en su casa. La sombra soñada, la probable musa, se mostraba asaz interesada. De lo que viene a deducirse que cuando se es algo poeta y bastante tonto, se puede fabricar una musa con una niña vulgar cualquiera, algo pálida, miope, y con un vestidillo morado, ceñido al esqueleto, pues era delgadísima, casi una sombra. Aquella de los ojos verdes, Concha, aquel amor fue como de ráfaga también, Mambruno la abandonó rápido una noche y no volvió más. Todavía deben quedar por ahí, entre los entresijos del recuerdo, dos o tres más. A todas las amaba platónicamente a la par, a todas las escribía cartas inspiradas en el mismo modelo. Todo aquello fue, lo ve Mambruno ahora, como un aprendizaje para el amor verdadero, que no debía revelársele hasta la primavera del año 37.

Al comenzar el curso 1935-36, o sea en el otoño del año 1935, Mamburno había cambiado casi por completo, el tímido se trocó en el casi cínico, atrevido y aventurero. Muchas fueron sus aventuras entonces en Sevilla, su desparpajo y su pelo rizado gustaban mucho a las mujeres, jugaba con ventaja porque no amaba. Ninguna mujer podía retenerle; surgían las aventuras tras cada calle, tras cada esquina, pues en Sevilla, como ha dicho Joaquín Romero Murube, uno de los que más profundamente han calado en el alma de Sevilla, sí, «hay rincones de los jardines y barrios, donde siempre parece que nos espera alguien que uos ama». Todo en Sevilla está a punto para el amor.

JUAN RUIZ PEÑA

(Continuará)